

entregar: el Hijo del Hombre va ciertamente como está escrito de Él; pero ¡ay de aquel por quien ha de ser entregado! mas le valiera no haber nacido.» (Math., capítulo xxvi, versículos 21 y 24.)

Así empezó la conversacion de la mesa, en la que cada uno de los discípulos pretendió dar pruebas de amor y adhesion á su Maestro, para demostrarle cada cuál que no era él el traidor. (Math., cap. xxvi, vers. 22.) Así se concluyó tambien la cena frugal, cantando todos al fin un himno en accion de gracias al Señor. ¡Ah! No llama tanto mi atencion en esta solemne cena lo que pasa en el corazon de Jesucristo, como lo que le rodea. Jesucristo, al mirar ante sí el cordero inmolido, recorre en un solo acto cuanto ha ocurrido desde la prevaricacion de Adan, y viendo la nulidad de los sacrificios de corderos y becerros para borrar los pecados, se ofrece Él á su Eterno Padre, como lo habia vaticinado David. (Psalm. xxxix, vers. 8.) Por mucho que hagamos, nunca podremos agradecer como merece el Redentor este acto de caridad de haber dado su vida por nosotros.

Pero sin desatender esto, aprendamos en la mesa de Jesucristo cuál debe de ser nuestro modo de pasar por este valle de lágrimas para ir á nuestra pátria. Jesucristo vivió pobremente, comió siempre pobremente, y en la espléndida cena en que se despedia de sus discípulos la frugalidad y la moderacion eran el plato más regalado, y la conversacion santa formaba la amenidad de los convidados. ¡Ay! ¡Si serán hijos del Evangelio los cristianos de nuestros dias! Esa sensualidad que se ha introducido en los banquetes, ese conjunto de manjares exquisitos, de vinos y licores, ese atractivo de sinfonías y otros primores, esa profusion con que se derraman sumas inmensas para dar culto sensual por una ó dos horas al Dios de muchos hombres (Rom., cap. xvi, vers. 18), ¿es propio de cristianos? ¡Ah! Jesucristo con su doctrina

condena en general estos abusos, y los llegó casi á desterrar del mundo: al verlos revivir; al ver que en estos tiempos no se piensa más que en el lujo y en la sensualidad; al ver que en las mesas no se oyen sino palabras picantes y equívocos que son otros tantos dardos contra la castidad, ¿qué consecuencia hemos de sacar? Que los hombres que como los patriarcas no tienen morada permanente en la tierra, sino que esperan otra, son ya en corto número; que van volviendo aquellos dias de sensualismo y lujuria, que era el cáncer del mundo en tiempo de la idolatría, y, por fin, que los hombres van mirando con desprecio la doctrina de Jesucristo.

¡Oh alma mia! Ya que conoces esta verdad, procura que tu frente esté señalada con el sello del Dios vivo, para que jamás apliques tus lábios á la copa dorada que el mundo presenta á los que quieren ser hijos de Babilonia. Únete siempre á Jesus, y no te separes de un Padre tan amoroso; arrímate con atencion á su mesa, dice San Buenaventura, que no permitirá el amable Jesus que salgas de su presencia en ayunas. (*De Vita Christ.*, capítulo lxxiii.) Seamos sóbrios y modestos para merecer recibir de las manos de Jesucristo el manjar que nos sostiene en nuestra peregrinacion por el mundo.

MEDITACION III.

Jesus lava los piés á los Apóstoles.

1.º Habiendo concluido de comer el cordero pascual, y estando aún la mesa provista de pan y vino, Jesus se levantó de ella, y despojándose de su manto, se ciñó Él mismo una toalla, y Él mismo tambien echó agua en una palangana, estando cada uno de los Apóstoles sentado en el sitio que respectivamente ocupaba; porque es probable que el Divino Maestro al levantarse de la mesa

para ejecutar una obra de tan profunda humildad como era la de lavarles los piés, les dijese que nadie se moviera. Y estando así sentados, hé aquí que el amable Jesus, llevando en sus manos la palangana, se acerca al primero de sus discípulos, y arrodillado ante él, empieza á lavarle los piés, y concluido que hubo con el primero, despues de haber mediado entre el Maestro y el discípulo palabras de asombro, de humildad, de enseñanza y de amor, fué haciendo lo mismo con los once restantes, sin exceptuar á ninguno.

¡Espectáculo sublime! ¿Quién se hubiera podido imaginar que habia de llegar el caso en que el Hijo del Altísimo se arrodillase ante el hombre miserable, para lavarle los piés con sus sagradas manos, para enjugarlos, para besárselos, y quizás para regarlos con sus lágrimas? Así es que tan pronto como Pedro vió la accion, se asombró y quedó atónito. ¿Quién no se asombraría al ver en actitud tan humilde al Hijo de Dios? (Agustin, *tract. lvi in Joan.*) Para comprender en cuanto nos sea posible la intencion de este acto humildísimo, es preciso fijar bien nuestra atencion sobre ese personaje que se ha despojado de sus vestiduras y ceñídose de una toalla pobre, como si fuera un siervo. Es el esplendor de la gloria del Padre, la figura de su sustancia, el que lleva todas las cosas con la palabra de su virtud (Hebræor., cap. 1, vers. 3); es el Rey inmortal de los siglos, el solo poderoso y eterno.

Con razon el Evangelista, ántes de describir este admirable rasgo de humildad, dice que sabiendo Jesus que tenía un poder soberano sobre todas las cosas, que habia salido de su Padre igual y consubstancial á Él por la generacion eterna, y venido al mundo por su encarnacion como hombre, y que volvía á Dios para sentarse en el cielo á su diestra; esto no obstante, aunque colmado de gloria, sublimado sobre los querubines que le sirven de

escabel, se postra ante sus discípulos para lavarles los piés, no excluyendo ni áun al que habia estipulado ya con sus enemigos el precio de su venta. Por la misma razon el citado Evangelista, ántes de anunciar que el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros, que es el acto de humillacion más asombroso é inconcebible que pueda presentarse al entendimiento humano, hace una descripcion gráfica y sublime de su naturaleza, origen y atributos, diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios; todas las cosas fueron hechas por Él, y nada de lo que fué hecho se hizo sin Él.» (Joan., cap. 1, versículos 1.º, 2.º y 3.º)

Y como esta humillacion de Jesus á los piés de los discípulos era, por decirlo así, el primer eslabon de la infinita cadena de humillaciones que iban á empezar en el mismo Cenáculo y concluir en el Calvario, quiso el Espíritu divino, ántes de describirla, poner de manifiesto las grandezas innatas de Jesus, para que aprendieran los hombres en el ejemplo del Príncipe celestial, la virtud que nos es más necesaria para conseguir la gloria, atendido que para nuestro rescate fué necesario que el Hijo de Dios se humillase hasta el anonadamiento.

Es verdaderamente asombrosa esta humildad de Jesucristo; pero más asombrosa es la soberbia del hombre; porque Jesucristo se humilla sin tener motivo ni causa que pueda obligarle á esta accion, miéntras el hombre no puede mirar ni al cielo ni á la tierra, ni á sí mismo, sin que encuentre motivos de anonadarse. Y sin embargo, el hombre se ensoberbece. ¿Y de qué? ¿De los talentos, riquezas, fuerza, hermosura, honores, cargos ú oficios? ¡Miserable! ¡Como si algo de esto tuviera que no fuera prestado; como si no lo hubiera recibido todo de Dios; como si todo no hubiera de reducirse al silencio de la losa fria! Si todo me predica la humildad, el ejemplo de Jesucristo, su mandato, mi naturaleza misma, y todas

las criaturas, señal es que esta virtud es la hermana inseparable del verdadero mérito, así como el fundamento de todas las virtudes. Así es, alma cristiana; el que se humilla será ensalzado, y el orgulloso será abatido. Por tu propio bien, por tanto, debes humillarte siempre contra el polvo, y sujetarte á toda humana criatura por amor de Dios, y mucho más ante este Dios de quien recibes la vida, la gracia, y de quien, si perseveras en la humildad, tendrás también la gloria.

2.º Entre los discípulos de Jesucristo ninguno había obtenido un conocimiento tan perfecto de lo que era su Maestro como Pedro; cuando, dirigiéndose á todos, les preguntó Jesucristo qué concepto tenían formado de su persona, Pedro contestó, lleno de fé y de amor, que Él era el Cristo Hijo de Dios vivo; respuesta que puso en su ánimo el mismo Dios. (Math., cap. xvi, vers. 16.) Conocida la dignidad infinita del Maestro, el discípulo comprendía cuánta era su propia indignidad, pues alguna vez llegó á suplicar á aquél que no se le acercase, porque no lo merecía por sus pecados. (Lucæ, cap. v, vers. 8.) Viendo, pues, á Jesus en actitud tan humilde, y aprestándose á lavarle los piés, su espíritu se llenó de santo terror, creyendo que aquella humillacion no podía caber en tan inefable grandeza como era la de Jesus; así le dice lleno de asombro: «¡ Señor! ¿Tú me lavas á mí los piés?» Y en vano Jesucristo le dice que si se resiste es porque no comprende la accion misteriosa, que despues entenderá; pues Pedro, con una resolucion fuerte, pero sugerida por el conocimiento de su indignidad y de la grandeza inmensa de su Maestro, le contesta que «jamás permitirá que le lave los piés.» (S. Ciprian., *Serm. de Ablution. Petr.*)

¡Cuánto nos enseña Pedro con esta humildad! Si hemos de pretender agradar á Dios en nuestras obras, hemos de empezar por conocer nuestra nada y miseria, y que somos al lado de Dios ménos que un átomo compa-

rado con todo el mundo. Pedro tiene esta conviccion, y por eso protesta que no permitirá que Dios se rebaje á tanto extremo de humillacion. Pero debemos advertir que esta humildad no es verdadera ni grata al Señor, si no va acompañada de una sumision y obediencia ciega á la voluntad del Señor. Es excusable Pedro en la resistencia que opone á su Maestro, porque tenía por principio el celo de la gloria de Dios; pero no era este celo segun la ciencia, porque no comprendia aún que la accion de lavarle los piés era el prelude de la asombrosa accion con que dentro de algunas horas iba su divino Maestro á lavar en su propia sangre nuestras almas. Sin embargo, Pedro nos enseña á todos á conocernos para humillarnos, creyendo, como es verdad, que no somos merecedores de los dones infinitos de la redencion, y que cuanto el Señor ha hecho por el hombre es por efecto de su misericordia sin límites.

Al mismo tiempo nos da ejemplo de su obediencia á Dios, y del aprecio que hace de sus bondades; pues tan pronto como Jesucristo le dice que para tener parte con Él es preciso que se deje lavar los piés, Pedro responde entregándose todo á Jesucristo, su alma, su corazon, sus obras y sus movimientos. Véase qué efectos tan admirables produce en el alma la verdadera humildad; como Dios se manifiesta á los humildes, la mayor desgracia que puede sobrevenir á un alma que lo conoce es el recelo siquiera de que este bien sumo se separe de ella por un solo momento. ¡Qué terror no la sobrecogerá á la sola idea de que quizás se expone á no tener participacion en su amor infinito! Por eso la palabra de amorosa amenaza que Jesus dirige á Pedro, es una especie de rayo que cae sobre su alma y la llena de espanto, respondiendo con más vehemencia al consentir en que le lave los piés, que la que tuviera al resistir, siendo ambas respuestas hijas del amor. (Crisóstomo, *Homil. 69, in Joan.*) Lleno, por tanto,

de amor y de temor, más terror le causó la idea de poder perder á Cristo, que asombro tuviera de ver á Dios humillado á sus piés, consintiendo en lo segundo por no verse expuesto á lo primero. (*Augustin., tractat. LVI in Joan.*)

Es claro y evidente que la humildad sin la obediencia no será virtud agradable al Señor; porque si Pedro, que por humildad no permite que su Maestro le lave los piés, oye de la boca de este mismo Maestro una sentencia tan terrible como la de verse privado de su amor, prueba es evidente que Dios no agradece ninguna obra, por virtuosa que aparezca, si no tiene su fundamento en la obediencia pronta y ciega á su voz. Á nosotros no nos pertenece examinar lo que Dios nos propone para que creamos, ni hemos de pretender comprender el por qué de cuanto Dios nos manda hacer. Lo que Él quiere es que obedezcamos con presteza y alegría, pues así seremos verdaderamente humildes; obrando de otro modo, seremos tan desgraciados como Saul, y nos exponremos, como sucede á los herejes é incrédulos, á no tener parte con Dios. Temamos, pues, si por haber parecido que una sola vez se queria apartar Pedro de la obediencia debida á su Maestro, y esto no por negligencia ó soberbia, sino por humildad, se le dijo que, persistiendo en su parecer, no tendria parte con Él. (*Basili, in Reg., n. 233.*) ¿A qué sentencia tan terrible no nos exponemos nosotros con tantas desobediencias formales, hijas del orgullo, que cometemos cada vez que ofendemos á Dios? Lloremos amargamente lo pasado, y precavamos el porvenir si queremos salvarnos.

3.º Habiendo cedido Pedro á las órdenes de Jesus, Éste le lavó los piés, haciendo otro tanto con los demás Apóstoles, sin exceptuar á Judas; y concluida esta humilde accion, tomó sus ropas, y sentándose á la mesa, dirigió á sus discípulos este razonamiento: «¿Sabeis lo

que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy en realidad. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, vosotros tambien debéis lavar los piés los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que del mismo modo que yo lo he hecho á vosotros, lo hagais tambien vosotros.» (*Joan., cap. XIII, versículos 12, etc.*)

No hay capacidad en el lenguaje humano para ponderar dignamente lo que encierran estas palabras de Jesucristo. No quiso el Maestro divino que nadie explicase la causa por qué se habia humillado á este oficio de lavar los piés á sus discípulos, sino que Él mismo lo declaró, diciendo que lo hiciera para darnos ejemplo: el humildísimo Jesus, para gloria de su Padre y suya, no esconde los tesoros que encierra; los publica Él mismo, confirmando á sus discípulos en las ideas sublimes que tenian sobre Él. *Me llamais*, les dice, *el Señor y el Maestro, y decís bien, pues soy el principio de todas las cosas y la Sabiduría eterna.* Efectivamente: en la tierra muchos hay que se llaman señores y maestros, no pasando el más culminoso de aquéllos de ser un saco de ceniza, de polvo y de basura, y el más sábio de éstos un necio, comparado con el Sér sapientísimo: sólo, pues, Jesucristo es verdadero Señor, Rey de Reyes y Dominador de los que mandan; sólo Jesucristo es Maestro, por ser Dios infinitamente sábio. Es Jesus mucho mayor y mucho más excelente que lo que podemos decir ni pensar; y si siendo esencial Señor y Maestro infinitamente poderoso y sábio se humilló hasta ejecutar el más vil y abyecto de los oficios, razon tuvo para decirnos que nosotros no debíamos desdeñarnos de hacer otro tanto; y esto con tanta más razon, cuanto nuestra pequeñez y miseria nos es natural é innata, sin que ninguno se exceptúe de esta condicion, por grande y sublimado que se vea exteriormente entre los hombres.

Por esto Jesucristo predicó con las palabras y con el ejemplo esta virtud, como que es la más esencial al hombre para salvarse; así nos enseña en esta accion que debemos prestarnos mutuamente todos los servicios de caridad representados en el más ínfimo de todos, socorriendo al menesteroso, visitando al enfermo, enseñando al ignorante y sacando del camino de perdicion á nuestros hermanos que se extravían; y sobre todo, dice San Agustín (*tract. LVIII in Joan.*), perdonándonos mutuamente las ofensas, sin que quede en nuestros corazones resentimiento contra nuestros prójimos, ni memoria de sus agravios; porque así obraremos como Jesucristo, que, una vez perdonadas nuestras culpas, no vuelve á acordarse de ellas. (Ezequiel, XVIII, vers. 22.)

Verdaderamente se puede decir que Jesucristo no bajó del cielo sino para enseñarnos esta virtud, pues toda su vida es una escuela práctica de humildad, y sus palabras no respiran sino humildad. «Aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazón; bienaventurados los pobres de espíritu;» es decir, los que no tienen espíritu hinchado y orgulloso. «Si no os hiciéreis como los niños, no entrareis en el reino de los cielos.» Todo esto y mucho más nos dijo Jesucristo para que comprendiésemos que la humildad es la que conserva la inocencia en los justos, y la que mantiene el espíritu de penitencia y dolor en los pecadores arrepentidos. En el cielo hay infinitos moradores; no todos son mártires, no todos fueron virginales, no todos brotaron rios de elocuencia, no todos fueron extáticos en la contemplacion; pero todos fueron humildes: los justos en su inocencia, los pecadores arrepentidos en su penitencia. Si queremos, pues, ser participantes de la gloria de Jesus, que es nuestro Señor y Maestro, es preciso que nos reconozcamos como sus esclavos, obedeciéndole con humildad, y que sigamos sus preceptos. No hay medio: ó ser humilde y vivir con Je-

sus, ó ser orgulloso y penar con Lucifer. No es preciso discurrir mucho para escoger entre partidos tan desiguales y contrarios, y que durarán cuanto dure Dios.

MEDITACION IV.

Jesus prepara á sus discípulos á la institucion del Santísimo Sacramento y á la Sagrada Comunión.

Desde que el Redentor empezó á enseñar á las turbas que lo seguían cuál era su misión en este mundo, se va echando de ver un deseo que anima su sagrado corazón de darse á conocer como Hijo de Dios, como hijo del hombre, y como alimento celestial que había de nutrir y fortificar á cuantos lo recibiesen. Así, después que obró el gran portento de la multiplicacion de los cinco panes y dos peces (Joan., VI), habiendo ido las turbas en busca de Él, tomó ocasion para hablarlas de un pan misterioso; y recordándoles el que Moisés prometió á sus padres, dándosele Dios en el tiempo de la peregrinacion por el desierto, les dijo que aquel pan no fué verdaderamente un alimento celestial, y que su Padre sería quien les daría realmente el pan bajado del cielo. Y como dudasen unos y murmurasen otros al oír estas palabras, Jesus añadió que Él era este Pan de la vida, bajado del cielo para que cualquiera que comiese de él no muera, sino viva eternamente. Y este pan, añade, que yo daré por la vida del mundo, es mi propia carne. Várias veces también habló á sus discípulos de un convite espléndido dado por un Rey á su hijo en el día de sus bodas, de una cena opípara preparada por un cierto hombre, habiendo convidado en uno y otro caso á cuantos quisieron entrar en el salón del banquete. (Math., XXII; Luc., XIV.)

Pan divino, banquete regalado, mesa celestial y cena